



EL CONDE DE BENAVENTE.

ROMANCE HISTÓRICO,

en el que se refiere uno de los hechos mas notables de este ilustre personaje.

INTRODUCCION.

Pueblo valiente de España,
de otros muchos el modelo
en lealtad é hidalguía;
hoy con inspirado plectro,
de tus antiguos señores
quiero referirte un hecho
que retrata la nobleza
de aquellos bravos guerreros
que al herirles en su honra
se consideraban muertos.


* *

En el patio de un castillo
de la ciudad de Toledo,
agrupados se veían
á los criados y deudos
del Conde de Benavente,
que del castillo es el dueño;
el cual con voz muy entera
así les iba diciendo:
«Ha llegado á esta ciudad
«y á mi casa vendrá luego
«el gran Duque de Borbon,
«mas recibirle no quiero;
«que aunque ha lidiado en Pavía
«con valor y con denuedo,
«gozó en ver á su señor
«deshonrado y prisionero.
«Y en mi casa no ha de entrar,
«quien no ostente sobre el pecho

«de lealtad y de honor
«el esclarecido sello.
«Ciérrense todas las puertas,
«cerrad los postigos presto,
«y que nadie entre ni salga
«sin un mi mandato espreso.»
Así hablaba á los criados
con voz parecida al trueno
el Conde de Benavente
que es hidalgo y caballero.
En la calle y á caballo,
su discurso estaba oyendo
el gran Duque de Borbon
á quien devora el despecho.
Airado mira á los suyos
con faz torva y con mal ceño,
y en su rostro ellos conocen
que está de coraje ciego.
¡A palacio! — dice el Duque. —
¡A palacio! — repitieron
los hidalgos, — y le siguen
con las espuelas hiriendo
á sus fogosos corceles,
que al sentir el duro hierro,
raudos salen al galope
por las calles de Toledo.

En un salon del Alcázar,
cuyas paredes cubriendo
se ostentan diseminados





ricos tapices flamencos,
al lado de un gran sillón
fornado de terciopelo
acaricia de un mastín
el ancho y carnoso cuello
el emperador Don Carlos
que es arrogante y apuesto,
joven aun, y valiente
lo es tanto como el primero:
viste una trusa de raso
á la usanza de los tiempos,
y el collar del gran Toison
lleva pendiente del cuello.
Sobre sus hombros llevaba
de costoso terciopelo
con motas de plata y oro,
rico tabardo tudesco,
un birrete de vellado
con blanco airon, que sujeto
por un joyel de turquesas
y de otras piedras de precio
deja ver por ambos lados
bien atusado el cabello
y cortado cual lo usaba
la nobleza del imperio.
Son su barba y su bigote
rubios tambien cual su pelo,
y las cejas tambien rubias
cubren dos ojos de fuego.
Su nariz es aguileña;
en la frente, su talento
se retrata, demostrando
que nunca tembló su acero.
Hablando estaba Don Carlos
al Condestable del reino,
y sin duda le contaba
los disturbios pasajeros
que en España han ocurrido
por de fuera y por de dentro,
ó quizás de la Alemaña
á quien agita Lutero,
cuando oyó de los caballos
las pisadas aunque lejos,
pero muy pronto les vió
aproximarse corriendo.
No pasaron dos minutos
cuando ya el rumor oyeron
de pisadas en la escala
que conduce al aposento

donde está el Emperador
su impaciencia conteniendo
por saber si ocurre algo
en que peligre su reino.
Aquel que lidió en Pavía
con valor y con denuedo,
el que vendió á su señor
el rey Francisco Primero,
el que ha venido á la España
y á la ciudad de Toledo
para recibir honores
que deben quemar su pecho
si aun en él circula sangre
de noble y de caballero,
pues básanse en la deshonra
de su Rey y de su reino,
á la presencia de Carlos
con mal fingido respeto
llega, y se descubre altivo
y cuenta con ronco acento
aquello que á Benavente
él y los suyos oyeron
cuando mandaba cerrar
los postigos á sus deudos;
y con rabia contenida,
y en torpes iras ardiendo,
así le dice al gran rey
con ademan altanero.
«Llamad al de Benavente,
«llamadle, señor, muy presto,
«y obligadle á que me dé
«satisfacción por completo.
El emperador entonces
llamó á un hidalgo del reino
y mandó que á su presencia
trajeran al Conde luego.
En seguida el de Borbon,
no del todo satisfecho,
obedeciendo á Don Carlos,
retiróse á otro aposento.

En la escalera se escucha
un ruido sordo y seco,
que producen varias lanzas
al dar un golpe en el suelo.
Con paso tardo aunque firme,
con noble y tranquilo aspecto,
en la cámara del rey

entra con el mensajero
 el Conde de Benavente,
 que como es grande del reino,
 no se quita su birrete
 que es de oscuro terciopelo;
 pero su rodilla dobla
 en ademan de respeto
 ante el rey Don Carlos Quinto
 que de España es el Primero.
 El rey le manda que alce,
 demostrando así su afecto
 á aquel anciano, que ya,
 como el árbol muy añejo,
 inclina su noble frente
 hasta tocar con el suelo;
 que el conde de Benavente
 es hombre bastante viejo.
 Pero en su rostro surcado
 por las arrugas del tiempo,
 se nota que la nobleza
 vá envuelta con el denuedo,
 que aunque los años le abruman
 arde el valor en su pecho.
 Largas y pobladas cejas
 cubren casi por completo
 la chispeante mirada
 de sus grandes ojos negros.
 Encorvado andaba el conde
 de los años bajo el peso;
 pero su paso era firme,
 firme aun, aunque era lento.
 El emperador magnánimo
 le invita á tomar asiento,
 lo que el Conde rehusaba
 por no faltar al respeto.
 «Es preciso, Conde,—dijo
 «el rey Don Carlos Primero—
 «que al gran Duque de Borbon
 «des en tu casa aposento.
 «Señor,—contestóle el Conde,—
 «contrariáros no quiero,
 «y á mi casa irá el Borbon,
 «mas de ella salirme debo.
 «Tengo amigos y vasallos,
 «y muchos parientes tengo,
 «con los que pueda vivir
 «hasta hacer castillo nuevo.
 «Permitidme, pues, señor,
 «que mande á mi casa presto

«para que saquen mis armas,
 «mis vestidos y mi lecho.
 Así habló el de Benavente:
 levantóse de su asiento
 y saludando á Don Carlos
 con la rodilla en el suelo,
 salió de la régia estancia
 y del alcázar muy luego,
 haciéndose conducir
 á la casa de un su deudo.

—
 En una noche serena
 del helado mes de Enero,
 veíanse por un camino
 que conducía á Toledo,
 correr á muchos ginetes
 llevando camino opuesto,
 aguijando los caballos
 para que fuesen lijeros,
 en tanto que se veía
 en la ciudad de Toledo,
 un rogizo resplandor,
 y columnas de humo denso.
 El cielo que antes estaba
 sin una mancha, ora un velo
 cual un pardo nubarrón,
 vá las estrellas cubriendo.
 A poco se ven las llamas,
 escúchase un sordo estrépito,
 y el humo crece y mas crece,
 y cada vez es mas negro.
 De entre las llamas y el humo
 salía una voz de trueno,
 que de aqueste modo hablaba
 á los nobles y plebeyos:
 «Escuchadme, toledanos,
 «oid vosotros mis deudos,
 «y que mis palabras lleguen
 «á los reyes y á los pueblos.
 «Hanme obligado á que diera
 «en mi castillo aposento
 «á un traidor, á un desleal,
 «que ha deshonorado á su reino:
 «á uno que vendió á su rey,
 «y gozoso y satisfecho
 «vino á recibir honores
 «como de la venta en premio.
 «Es el Duque de Borbon
 «ese malsin altanero,



«que obligó al emperador
 «á cobijarle en mi techo.
 «Estas llamas purifiquen
 «la casa de un caballero
 «que se precia de español
 «y de hidalgo que es lo mismo.»
 Era el noble Benavente,
 que su promesa cumpliendo
 prendió fuego á su palacio
 por ver su honor satisfecho.
 Aun hoy quedan unos muros

ya denegridos y viejos
 del incendiado castillo
 del Conde, que para ejemplo
 de lealtad y nobleza
 allí los conserva el tiempo,
 siendo de los Benaventes
 el mas sagrado recuerdo.
 Y la trompa de la fama
 que vá naciones corriendo,
 canta del de Benavente
 este tan heróico hecho.

FAUSTO.

